

SABER DAR LA CARA

Más que una vocación, el escribir novelas fue para Benjamin Zephaniah una iniciativa de su editora, quien le propuso una obra para jóvenes.

DANIEL DOMÍNGUEZ Z.

ddomingu@prensa.com

En teoría, Benjamín Zephaniah (Birmingham, 1958) iba para perdedor. Es expulsado de la escuela pública por su espíritu incontrolable y por rebelde termina en una prisión, donde aprende kung-fu y a confiar en el arte que lleva dentro. Se gradúa de la escuela nocturna, donde afianza su admiración por sus héroes Martin Luther King y Malcolm X.

El desempleo, la falta de viviendas y la discriminación racial lo impulsan a protestar contra esas y otras injusticias a través de sus 15 libros de versos, sus seis obras de teatro y sus tres novelas. Siguiendo su férreo sentido del deber brinda conciertos, talleres literarios y charlas de Zimbabwe a la India.



CORTESÍA/Verdecieelo Ediciones.

www.verdecieelo.com

www.benjaminzephaniah.com

Entre sus novelas destacan *Plantar cara* y *Alem Kelo*, refugiado (Verdecieelo Ediciones) porque ambas simbolizan dos maneras de entender lo que es ser diferente. La primera es sobre Martin, un joven que tras un aparatoso accidente automovilístico sufre en su rostro profundas quemaduras y debe comenzar de cero su convivencia con la sociedad. Mientras que la segunda es sobre un chico huérfano que huye de las balas de África y trata de sobrevivir como ilegal y extranjero en Londres.

Su debut narrativo fue con *Plantar cara*. "Quise sorprender y pensé: 'hay otro tipo de discriminación que es la que juzga a la gente por su apariencia, particularmente si su cara está desfigurada. Todas las culturas tienen una idea fija sobre qué constituye la belleza y, muchos no entran dentro del estereotipo, lo que las hace sentirse excluidas'", dice vía telefónica desde Inglaterra.

Una vez vio a un hombre con una desfiguración facial y lo observó tan fijamente que se enojó consigo mismo. "Pensé, 'vamos, Benjamin, tú sabes que la gente se te queda mirando porque cree que eres un hombre negro raro, por tus rastas largas; ¿cómo es posible que le hagas lo mismo a otra persona?' Y así empecé a escribir".

Respira aliviado porque la discriminación racial y de género es menor hoy de lo que era hace 15 años en Inglaterra, pero ahora hay nueva víctima: los musulmanes.

Su país trata de pasar una ley para detenerlos, y tenerlos en custodia. "No lo dicen abiertamente, pero se centran en las personas que vienen de países islamistas o que se han convertido al islam. Hace mucho tiempo, si uno iba manejando por la calle, de noche, veía personas de raza negra paradas en una esquina, siendo registradas por la policía. Ahora dicen que ser musulmán es como era ser negro antes, porque los tratan como nunca antes los habían tratado".

GUERRA ABSURDA

Sabe que la educación es importante y no conoce ninguna escuela que haya empezado una disputa. "Las personas que deberían dar un gran ejemplo de liderazgo son los que nos llevan a la guerra. Cuando la gente

más poderosa del mundo tiene un problema con alguien, ¿qué hacen? Pelearse. Los políticos promueven la guerra y la utilizan para obtener lo que les interesa”.

La guerra solo dispensa afecto a las bombas que salen disparadas de su boca, una realidad que casi todos aceptan como verdad, menos los políticos que las inician, indica quien ha grabado 12 cd de música propia.

Por la naturaleza de la política democrática, “se piensa en el corto plazo; el mandato dura cinco años y quieren ver resultados en cinco años; después piensan en ser reelegidos por cinco años más. Es que los políticos ven ganancias a corto plazo y es muy tentador”.

Cuando residía en el este de Londres encontraba por doquier refugiados etíopes, nigerianos, iraquíes, afganos, turcos...

Escucha sus historias y descubre que ve un segmento del resultado de la guerra, “una parte que algunas personas de un país en guerra no llegan a ver, ya que se despiden de sus seres queridos en la frontera y de repente se encuentran en Londres! En Gran Bretaña se oye hablar mucho de refugiados en las noticias, pero principalmente se menciona a los adultos; cuando escuché de niños y adolescentes refugiados, ese legado me inspiró a escribir Alem Kelo”.

El conflicto entre Etiopía y Eritrea se aborda con todos sus quiebras y grietas en Alem Kelo, refugiado. Zephaniah visita Etiopía en 1987, y fue testigo de aquellos combates.

Eran hermanos que se destrozaban. “Me hablaban de lo distintos que eran, pero cualquiera que los viera desde fuera, diría: `ipero si son un solo pueblo!”.

Con Alem Kelo ilustra lo absurda de esta situación. “Si en tiempos de paz, un etíope se casa con una eritrea y se inicia una guerra entre ambos países, ¿qué le pasa al niño, que es mitad y mitad, qué les pasa a sus padres? Lo mismo se puede decir sobre Bosnia, con los cristianos y los musulmanes y de Irlanda del Norte, unos años atrás”.

Ahora hay dos conflictos que lo tienen bajo tensión. Le inquieta Irak, pero ahora que el presidente Barak Obama dice que sacará sus tropas le preocupa menos.

Afganistán le preocupa más, porque “Obama dice que enviará más tropas, lo cual es una locura. No es la solución ser duro y luego más duro. No se puede batallar para lograr la paz. Si comienzan a bombardear a todo mundo en Afganistán, incluyendo los talibanes, habrá niños viendo el bombardeo y, esos niños querrán vengarse. Creo que `paz` debería ser un verbo”.

ORÍGENES

No hay que llamarse a engaño en cuanto al sentimiento de apego a las raíces, pues advierte que todo con medida. “Las grandes empresas y los gobiernos han raptado el término globalización, y tenemos que reclamarlo”.

La globalización cultural positiva se da cuando miembros de países distintos se encuentran. “Hay que conocer la historia propia y tomar lo positivo de esta: entonces las puertas se abren y uno se convierte en ciudadano del mundo. Comprender de dónde viene uno está bien, pero tener la fuerza de ir en otras direcciones es mejor”.

Benjamin Zephaniah, que de muchacho podía destrozarse una habitación en un ataque de ira, recomienda a los jóvenes que si están molestos por las decisiones de sus padres, hay que dejar a un lado los gritos porque “te será muy difícil ganar la discusión. Pero si escribes un poema, plasmando tus pensamientos cuidadosamente, y se los das, te respetarán. Aunque no estén de acuerdo con los sentimientos allí plasmados, te respetarán porque te tomaste el tiempo para expresarte por escrito, en vez de enojarte”.

Se le informa que dentro de una semana habrá elecciones en Panamá y lamenta que los medios de comunicación de su país solo estén sintonizados con Europa y con lo que ocurre con sus antiguas colonias de las Antillas y de África.

Si oyen hablar de América Latina, es sobre "la cantidad de niños que tienen las mujeres, básicamente porque la Iglesia católica les dice que no pueden utilizar contraceptivos; de las bandas en México y los carteles de la droga en Colombia. Alguna que otra vez oímos que habrá elecciones cuando ocurren en México y Brasil. Pero no se oirá nada sobre las elecciones panameñas, estoy casi seguro. Así que se oyen noticias sobre la corrupción y la pobreza y quizás el Carnaval, pero hasta allí llegan".

A los jóvenes panameños alienta a que se involucren en estos azares y debates. "Si ellos no se hacen cargo de la política, la política se encargará de ellos. Esto no significa que deben encorbatarse y convertirse en políticos oficiales. Simplemente significa que debe importarles la manera en que se gobierna. Uno tiene que hacer oír su voz. Les diría que no se queden sentados, quejándose, sino que se involucren con sus comunidades de una forma artística o social, ayudando a la gente. La vida no es solo trabajar y ganar un sueldo para gastar dinero".

A pesar de todo apuesta por la esperanza. "Mucha gente mayor, que quiere participar en el juego de la democracia y que solo vota cada cuatro años, cree que a los jóvenes no les interesa la política".

Mientras que los muchachos opinan que los adultos son apáticos porque no son tan activos en la política. "¡Solo votan cada cuatro o cinco años! ¡Entonces los jóvenes salen a la calle y les llaman militantes! Ser democrático no es votar cada cuatro o cinco años: hay que dar la cara por los principios en los que uno cree".